

Presentación

Quizás como ninguna otra de las expresiones de la música popular en el país, el vallenato tiene la fuerza para evocar un ámbito, un sentir, un modo de ser y de habitar un territorio concreto. El vallenato se proyecta con justeza en lo que señalamos en la carátula de la *Agenda Cultural*: es un modo de ser, es tradición, hay tradición para hacer vallenatos, es algo que se lleva en la sangre, que se entrega como testimonio, por generaciones; pero, por ello mismo, también el vallenato hace posible que las sangres se renueven, que los cantos reflejen las nuevas realidades, los otros sueños, las múltiples formas de vivir la vida con nostalgia, pero también con gozo.

El vallenato es tradición, riqueza cultural y patrimonio artístico del país; y lo es, aun de espaldas a las burdas corrientes que, con afanes mercantiles y en total desconocimiento de lo que les viene de cuño, intentan imponer como modelos del género. El vallenato, en su verdadera dimensión, es además un medio para la transmisión de cultura; claro, ese vallenato que se distancia de melodías o letras insulsas que muy bien sirven a la ignorancia de las masas.

En el vallenato hay, además, uno de los ejemplos más vivos de lo que se enseña, de lo que se aprende, de cuándo se es alumno, de cómo se puede llegar a ser maestro. Por eso dedicamos tres artículos y un buen número de nuestras páginas al maestro Castañeda, el profesor de bachillerato del maestro Escalona, porque con ello no sólo confirmamos lo ya dicho, sino que asistimos a la génesis de una canción, lo que también se retoma con una crónica sobre el origen de los versos dedicados a “la plateña”. Incluimos además en la *Agenda* un cuento en homenaje a otro gran cantor del vallenato, al maestro Alejo Durán y cerramos con una reveladora autobiografía de un intérprete del acordeón, Lisandro Segundo Meza, “El Chane”.

Como es habitual, invitamos de manera especial a los lectores a participar en los distintos eventos académicos y culturales del mes, reseñados en la Revista.